

ESPAÑA A DESTIEMPO FRAGMENTOS DE UN DIARIO

Sábado 24 de febrero, en Sigüenza

En el camino hemos hecho una desviación para mirar, de pasada, una aldea que vio nacer al Arcipreste y al Marqués de Santillana. Nada delata a primera vista tal dualidad de talante: queda de don Íñigo el blasón ya maltrecho en medio de un arco que deja entrar a Hita pero apenas algo de su frescura bucólica o de la retozona picardía del Arcipreste que rescató al lugarejo, sin embargo, de su calcinado y polvoriento anonimato. Atienza es notable: el castillo estaba prefigurado por la roca, que ya lo contenían como las ideas platónicas a las cosas de este mundo. No importa que muchos muros se hayan desplomado: queda esa piedra lisa que parece basalto y que estuvo ahí desde siempre para proteger pero también para vigilar, desde lo más alto del risco, a toda la comarca. Entramos un poco al pueblo dominguero, con gente en los cafés y gente en las callejas empinadas, ese gentío que por todas partes, en España, habla y habla sin parar. Rodeamos Sigüenza sin ver la mole que de repente se nos va a venir encima, al final de una cuesta brusca. Cinco minutos después la ciudad, desde nuestra pequeñísima ventana, se dispone como en la tabla de algún primitivo: las torres catedralicias al fondo y antes, en varios planos, tejados color naranja sobre paredes ocre, demasiado hermosa, un poco desubicada, como si fuera la composición de un pintor - arquitecto escapado de Italia. Se me ocurre que en España nada ha sido hecho, como en Italia, por y para la belleza. A veces, muchas veces, se da por añadidura, pero nunca nadie la ha buscado. España es sus castillos, sus conventos, sus iglesias: masivos los conventos; escuetas las iglesias; pétreos, imperantes, los castillos. Tenía razón Ortega: el español sólo ha deseado mandar.

Por eso cuando descubrí al Doncel yaciendo en la penumbra de su capilla, mansamente reclinado con el libro abierto entre las manos, recostado suavemente como si no llevara cota de malla ni cruz de Santiago al pecho, ni arma alguna, sensualmente melancólico, prefiguración de un héroe romántico, me pregunto qué otra alma alimentó por momentos, aquí y allá, entre el polvo, el hierro y el sudor que amasaron a España. Sigüenza: reposo piadoso del guerrero, su hijo amado, su doncel hamletiano sobre el que velan, en vigilia insomne, las torres foscas y el fosco castillo. El Doncel de Sigüenza es el otro rostro de España. De una España que también supo recogerse para mirar hacia adentro, tras el tumulto del hacer y la avidez del tener. Mirar hacia dentro que hoy tendría que llevarla a mirar hacia afuera, más allá de la orilla de Europa.

¿Es uno solo o son dos o tres, y más, los que asoman silenciosamente una que otra vez, en medio del barullo, desde el

fondo o desde las márgenes del proscenio, personajes rezagados que lo fueron de una obra que ya no se representa pero que se resistiera a desvanecerse? Así, en el Palacio de los Infantes, el rostro campesino de una España cuya memoria relegada sirve apenas para curiosidad de museo etnológico: alforjas; amugos para sostener la carga en lomo de asno; cribas para garbanzos, judías y lentejas; artesas para amasar el pan; palas de horno de panaderías de pueblo; orcas que removieron el trigo en tardes de mucho aire; trillos; fanegas y celemines; talas para aventar la parva que queda del trigo; devanaderas para lana y husos; collerines y bridones; arado a brazo y arado romano; yugos; rejas para labrar; aciales para esquilan ovejías; alcucillas para aceite; almireces y morteros; tumbillas para calentar la casa; badiles y llares de chimenea. No se debe a un español esta inesperada convocatoria de gestos y oficios olvidados sino a la curiosa paciencia de Julián, un josefino italiano del Murialdo que ha tenido que amontonar sus tesoros en el reducidísimo espacio que le han prestado, en espera de llegar a convertirlo algún día en museo de verdad. Y si quedara por ahí algún ejemplar de aquel español que, según Ortega, no necesitaba de nada para vivir su lugar estaría, sin duda, en tan insólito museo. España ha dejado de ser un pueblo de labriegos y la sangre ya no late en sus venas al lento pulso campesino sino al ritmo acelerado de las ciudades, colmadas de innumerables mercancías procedentes de Alemania, de Francia, de Italia, de Inglaterra como hace siglos de las manufacturas que empezaba a fabricar, más allá de los Pirineos, la industriosa Europa.

Barcelona, miércoles 7 de marzo

... Después al Paseo de Gracia, que me envuelve con una sensación confortable, yo diría que casi familiar. La casa Batlló no parece creíble y ya limpia, blanquísima, deslumbrante, la casa de la Pedrera es una vieja dama *indigne* que despliega seducciones de *jeune fille en fleur*. Enfrente, una librería como todavía no las he descubierto en Madrid. Sólo que, para mi ignorancia, con demasiados títulos en catalán. Aunque también los haya en inglés y en francés, en italiano, en alemán para ser consecuentes con ese *graffiti* que hemos visto de pasada en una barda: "Nosotros sí somos europeos". Me acuerdo de Unamuno, advirtiendo que en la palabra *Europa* "comienzan y acaban todos los dolores de España".

... El día culmina en el delirio rococó del *Art Nouveau*, el *Palau* de la Música Catalana que disfrutamos deleitosamente, auspiciados por Mahler y por Richard Strauss. Una ciudad que hace y escucha música en un espacio semejante no es

como cualquier otra: es una ciudad que, sin descuidar jamás el pragmatismo que moviliza y consolida los asuntos del dinero, se aviene a dejarse mecer, en la más fantástica de las cunas, por los delirios del sueño. O eso quiero imaginarme.

En Guadalupe, el 17 de marzo

Empieza a atardecer. Los cerros, al fondo, podrían marcar el horizonte en cualquier sitio del altiplano de México, si no fuera por los olivos. Como si acudiera al llamado perentorio de la campana que se ha balanceado por unos instantes, parsimoniosa, en la espadaña más alta del torreón, una cigüeña ha volado de improviso hacia allí dibujándose como silueta en una tinta japonesa sobre el perfil oscurecido de la sierra. Cuando se posa en el nido su pareja se incorpora para darle la bienvenida. La cigüeña ha anunciado su proximidad con un graznido agudo y solitario. Ya las vi en Cáceres, en los últimos días de octubre, opulentas señoras de las más altas torres de España. Pero esta tarde he visto también golondrinas que igual que los cerros, que el patio, que el cobre que aquí se trabaja me traen señales de México. Es probable que España no tenga uno sino múltiples corazones pero el que alienta aquí en este sitio late al unísono con alguno de los también múltiples corazones de México.

Empezamos a sentirlo en el camino sinuoso de la serranía, a medida que nos íbamos acercando. Varias veces, en este día, hemos recuperado un tono inequívocamente "ya visto" en el paisaje, en las nopaleras, en el aire, no lo sé muy bien. Cortés debió sentirlo en México. ¿Cómo no habría de parecerle de su propiedad una tierra que le devolvía percepciones tan idénticas a las más remotas de la infancia?

a mediodía

Los olivos, a esta hora, hacen un plumaje encrespado y gris sobre el verde tierno de las laderas. Otra vez, al tocarlas con la mirada, México aparece. Anoche había alcatraces en el Mesón del Cordero y aquí, alrededor del patio de naranjos, enormes macetones con hojas oscuras y sedosas que podrían anunciar una floración tabasqueña de blancas mariposas. Las compras de esta mañana han sido apetitosas: un gordo chorizo extremeño que promete y un queso de cabra redondo, al pimentón, que viene de Trujillo; a una anciana de negro, que vendía hierbas, le he comprado un bello ramo de orégano para aromatizar nuestro cuarto.

temprano, el domingo 18

Me he levantado, por primera vez, casi al amanecer. Afortunada campana, sabia y albrestanda campana que cobija, en su techado, a las cigüeñas. En cada torreón, en cada espadaña, una forja breve, obra de orfebre más que de herrero como esa reja inverosímil que aísla el altar en la iglesia mayor. Aquí la forja, sin ser todavía andaluza, ya se ha aligerado de la pesadez de Castilla y sonrío, respira, en su encaje delicadísimo. Los tejadillos verdes de los lucernarios parecen de malaquita y las chimeneas, un poco árabes, anticiparían a Gaudí. En las torres de ahí enfrente se puede leer, en ladrillo y piedra, la secuencia de los tiempos de España.

Madrid, miércoles 28 de marzo

"Yo no le doy el golpe a España", me ha dicho ayer J. en la exposición de Vicente Rojo. Y añade: "Esta no es la España

que yo conocí: ahora vengo todos los años pero me siento una extraña". El marido interviene: "Pero es que pretendías encontrarte a la España de antes de la Guerra Civil". Ambos llegaron a México después de la guerra: ahora ella pinta y él es un industrial próspero y los cambios que ella resiente a él no le desvelan demasiado. Hablamos del vértigo, del afán de competencia, del interés casi exclusivo por el dinero y por el éxito, de un querer *rastraper la modernité* a cualquier costo. ¿Por qué tendría España que dejar de ser española para ser finalmente moderna? ¿Por qué tanto deslumbramiento con la modernidad, tanto desenfreno consumista, tanta despreocupación por la suerte ajena? Todos corren, en el maratón de Madrid ¿y también de lo que no es Madrid? para recuperar el tiempo perdido y sincronizar los relojes propios con los de cada europeo. Le he dicho a J. que, aun como espectadora, el maratón me irrita, lo mismo que ese arrobamiento por lo europeo como "paradigma" al que ¡por fin! se tiene acceso. ¿Será una aberración añorar "la otra España" que, después de todo, era tan pobre?

Hay muchos jóvenes a nuestro alrededor y J. y yo nos preguntamos si entenderían de qué estamos hablando. Su telón de fondo no fue el de los azares de la República, la Guerra Civil o el exilio. De todo eso quedan pocos testigos. Parecería que la España próspera y bonancible prefiere partir de cero para "hacer borrón y cuenta nueva". Se siente en el aire una disposición a aligerarse de cualquier peso que, viniendo del pasado, se sentiría como lastre. Aunque la verdad es que ni siquiera se da el caso porque nadie se acuerda del pasado. El país de hoy sólo desea emprender, ligero, el vuelo hacia la aventura europea.

Esta tarde, en la Residencia de Estudiantes, hemos estado como siempre muy a gusto. Suelen ir por allí la hija de Ortega, la de Pedro Salinas, Juan Marichal, la hermana de García Lorca y Manuel, su sobrino, y una sobrina de Manuel de Falla. Hoy me he encontrado a una actriz de la Barraca que me habló con pasión de las *Bodas* mexicanas que vio, hace tres años, en la Casa de Campo. Hay un código común, algo que podemos compartir con todos ellos. Nos da gusto y a la vez cierta pena, como de haber llegado a España demasiado tarde, con varias décadas de retraso.

Lunes 9 de abril, en Córdoba

Algo, en esta Córdoba secreta, me atrae y me incita a perderme del mundo. Parece irrevocable leer las noticias del diario o prender el televisor. Córdoba se basta y todo lo que no es suyo se queda afuera. La atracción de la Mezquita es física, material, irremediable. La Mezquita *está*, como un corazón de tierra amarilla, solar, un corazón donde laten juntas el alma de Oriente y la de Occidente. Todas sus puertas, menos una, permanecen cerradas.

Ayer, a las doce, salimos de nuestra casa, que es este hotel separado de ella sólo por una calle angosta, y entramos de inmediato en el patio, en los senderos de barro amarillo mojado, entre campanas repicando y palomas y naranjos cuajados a la vez de fruta y de flor. Y de repente vemos acercarse un cortejo rodeando a un anciano con báculo arzobispal, todos portando altísimas pencas amarillas, y ya en la puerta han cumplido el rito de Domingo de Ramos y han vuelto a entrar en triunfo al templo y los hemos seguido sin oponer resistencia. El bosque de columnas pareció abrirse al paso de esa

otra fe que acabó por desplazar la del mucín y nos condujo dócilmente hacia la catedral incrustada en el centro mismo de la geometría musulmana y nos envolvió en palabras y cantos jubilosos y dijimos, convencidos: "Y verdaderamente era el hijo de Dios" y el oropel barroco desplazó a la finísima redundancia de las columnas infinitas y algo arcaico y maternal me atrapó y me fue atrayendo, en la fila de los fieles, hasta el púlpito bajo el cual uno de los once sacerdotes presentes ofrecía la dulce oblea de la hostia. Algo, en mí, se ha reconciliado.

Jueves Santo, en Sevilla

Es más de media noche y afuera todavía suenan los tambores de una tardía procesión. Las sensaciones de tres días se mezclan en un caleidoscopio que todavía no alcanza a articularse en figuras coherentes: colores, luces, destellos, rumor de voces y de tambores, aromas de azahar y de jazmines, un cielo color zafiro como el de Cuba, cirios encendidos, velones blancos rodeados de flores de cera, claveles rojos de Nazarenos y claveles blancos de Dolorosas que parecen llorar penas de amor; mantos recamados de hilos de oro; esmeraldas y brillantes de la Macarena; el fajín rojo de General prendido en el regazo por una roseta de diamantes; águilas bicéfalas y águilas romanas y filigranas de plata y de oro bajo suntuosos palios infinitamente bordados por manos anónimas e innumerables: dispendio de movimientos, de voces y de miradas. Contactos efímeros en una fiesta profusa y opulenta, fiesta para los sentidos más que para el espíritu, efusión ilimitada de fuegos fatuos: rito arcaico que sigue reproduciendo los más viejos cultos a la *Magna Mater*. Porque la Virgen y el Hijo sacrificado convocan en esta tumultuosa adhesión algo que viene de mucho más lejos que el escenario del Gólgota. ¿No están detrás, acaso, Démeter y Cibeles y Astarté, aquellas poderosas representaciones de la Tierra, o de la Naturaleza, o de la Luna, madres de jóvenes dioses que habían de morir para renacer después y garantizar la continuidad de la vida y el sustento de los hombres?

Fiesta barroca de muerte y de vida que se despliegan en exuberancia incontinente. Esta es la noche en que toda esa energía que desde el lunes anda suelta por las calles, fluyendo y recogiendo sin cesar, se concentra, se agolpa y se dispone a la gran catarsis. Los fastos de la fiesta diluyen las identidades y todos somos todos y ninguno es alguien, en el tiempo extemporáneo de la fiesta: ninguno es igual a sí mismo. Cada cual es el otro, y el otro, y los ángeles que penden de las cúpulas portando lámparas de plata, y los querubines opalinos, y las vírgenes de alabastro, y los brazos retorcidos como sierpes de los candelabros, y los búcaros recubiertos en pan de oro o mostrando al desnudo su plétora argentada, y la sangre de la Pasión que ha teñido los claveles y la blancura excesiva de tanta floración cerúlea.

Son las nueve y media de la noche. He necesitado encerrarme en el pequeño espacio de mi cuarto, oyendo el chorro de la pequeña fuente junto a la ventana, procurando sustituir por un momento la Sevilla de afuera por una ciudad rojiza, en un crepúsculo de aguas y nubes bermejas, con bajeles en las atarazanas y señoreada la ribera por la Torre de Oro: una Sevilla de las postrimerías del XVI cuando la más vieja y la más joven de mis abuelas abandonaba la ciudad de su propia abuela sevillana para embarcarse hacia una isla remota, más allá del Atlántico.

La marea humana de afuera empezaba a exasperarme.

Salamanca, 28 de abril

Salamanca es del color que, en mi memoria, guardaba Toledo: color de marfil antiguo, amarillado por el roce del tiempo y de las manos. También es fría como el marfil. Lástima que todo lo que se le ha añadido en los últimos tres siglos sea tan feo, tan opaco, tan despojado de carácter y de gracia. Difícil borrar tantos bares llenos de servilletas usadas y tiradas por el suelo y de trapaperras, las fachadas impersonales, la estridencia del recogedor de basura que visita a las dos de la madrugada la feísima calle sobre la que abre nuestra ventana. Desplazando los pegotes que la despiadada inadvertencia de tantos años y, sobre todo, de los que siguieron a la Guerra Civil ha ido acumulando entre palacios, plazas, torres, iglesias y conventos, se me insinúa una Salamanca suavemente ambarina no abandonada por el sosiego de Fray Luis y que todavía, hace medio siglo, alcanzó a cobijar la madurez de Unamuno. ¿Habrán oído hablar de Francisco de Vitoria las parejitas que buscaban privacidad, inútilmente, en las bancas que rodean su estatua frente a la prodigiosa fachada de San Esteban? ¿Alcanzará a despertar Fray Luis algún eco en las parvas bulliciosas de chiquillos que irrumpen con sus guías en el aula oscura donde reanudó un día, sin aspavientos, su discurso interrumpido?

Buscando en el campo de San Francisco los flamos ya inexistentes que recibían cada tarde la compañía de Unamuno, y caminando en dirección de una cúpula iluminada que se distinguía un poco más lejos, nos fue atrayendo una melodía que salía de un edificio semicircular que parecía y no parecía iglesia. Entramos al Auditorio de San Blas y nos dispusimos a disfrutar del oasis: una jovencita interpretaba, con suma discreción, una sonata de Schumann.

29 de abril

Hace catorce años llegamos un mediodía, inadvertidamente, a un pueblo solitario, recogido en medio de la nieve, improbable, desprendido de algún Brueghel. Hoy recordé aquella estación de Machu Pichu donde los vendedores se atropellan sin ton ni son. Sólo que este era un Machu Pichu próspero, un pequeño emporio de turismo y trivialidad: el pueblo entero volcado sobre los visitantes que vienen a buscar lo pintoresco, el color local de un sitio declarado patrimonio nacional porque, situado a la entrada de las Hurdes, pudo conservar en la pobreza mucho de su fisonomía medieval. Sólo la miel que aquí se vende se produce ahora en La Alberca y unas canastas fuertes, rústicas que se pierden entre alteros de horribles "artesanías" fingidas, hechas para el consumo masivo. Hasta una boda lugareña, con trajes típicos y tambores como los de Calanda, parecía *fake*.

Antes habíamos subido a la Peña de Francia, al convento, y casi nos habíamos mareado por el exceso de oxígeno. Después bajamos a las Batuecas, sabiendo que las brujas ya no se hacen visibles: se han ido a esconder al fondo de las cuevas y de las cañadas, donde no llega el humo intruso de las fogatas domingueras.

Volvimos a Salamanca irritados, descompuestos. Habíamos estacionado el coche junto al Tormes y nos quedamos un rato viendo pasar la corriente, mirando a los que salían a remar en lanchas de día de asueto. La utopía bucólica se enturbió

cuando se fue adueñando del lugar un grupo de jóvenes de chamarra negra que empezaron a jugar con sus navajas.

Al llegar al hotel me di cuenta de que recién salía el sol, que se había escondido todo el día. Me di un baño y salí yo también, queriendo atraparlo sobre la piedra amarilla de la plaza como lo descubrió aquel día Unamuno. Y así fue: vi cómo empezaba a vivir la cantera, por segundos más intensamente amielada, como la piel de una muchacha pálida despertada poco a poco por el resplandor acrecentado en la blancura de la arena. La plaza era un trasiego infatigable. Había que dejarse llevar: entramos a una marisquería y comimos cigalas y gambas y bebimos vino blanco y huevos fritos con papas y bacon y cervezas y todavía, en una heladería, chocolate con churros. La gente iba y venía, comía y bebía,

entraba y salía, hablaba y manoteaba y gritaba y discutía, y se amaba y se insultaba. Todos estaban en la calle, desde los niños en cochecito hasta los ancianos: eran las once y media de la noche y el jolgorio iba en aumento. De repente me pareció evidente: "España, insinué, sigue siendo medieval". ¿Sería eso, pues, lo que afloraba en la expansividad desbordada, en la avidez golosa que por dondequiera se enseñorea del presente? ¿Era, acaso, el efervescente hormigueo de las ventas del Arcipreste? Sólo que entonces Doña Cuaresma vigilaba, en austera custodia de los alimentos del espíritu, los placeres de don Carnaval. ¿Por dónde andará en estos días agazapada, espionando la tan bulliciosa ebriedad, la tan desusada fruición con que todos se han dado a saborear, con desaprensivo disfrute, la pléthora de los alimentos terrestres?



Serie: Les blasons du corps masculins. *Son palliacate*. Le prince de Moldavie